

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

El general Perón va en motoneta al muere. La “normalización” del primer peronismo en la historiografía reciente.

Quiroga, Nicolás y Acha, Omar (UBA / UNMdP).

Cita:

Quiroga, Nicolás y Acha, Omar (UBA / UNMdP). (2007). *El general Perón va en motoneta al muere. La “normalización” del primer peronismo en la historiografía reciente. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/517>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eU8X/7Zg>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI° JORNADAS INTERESCUELAS/DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Tucumán, 19 al 22 de Septiembre de 2007

Título: El general Perón va en motoneta al muere. La “normalización” del primer peronismo en la historiografía reciente.

Mesa Temática Abierta n° 59: El peronismo clásico (1945-1955) y la historiografía: nuevas fuentes, viejos debates; viejas fuentes, nuevos debates

Universidad, Facultad y Dependencia: Universidad Nacional de Mar del Plata; Universidad Nacional de Buenos Aires.

Autor/res-as: Quiroga, Nicolás Quiroga, docente, nquiroga@speedy.com.ar; Acha, Omar, docente, omaracha@gmail.com.

1

Nota introductoria

Es probable que la amenaza que encierra el título sea una mala profecía: conocemos cada vez más, gracias al trabajo historiográfico, sobre el primer peronismo, y en algunos aspectos o ámbitos conocemos *mejor*. Sin embargo, la práctica historiográfica no puede cerrar por sí misma el círculo del hacer historiador, su proliferación no puede “corregir” o reconfigurar circuitos o desarrollos de la historiografía en su conjunto. Como sugirió Georges Canguilhem:

Ninguna práctica puede proporcionar a una teoría datos teóricamente explotables y válidos, si la teoría misma no ha inventado y definido en primer lugar las condiciones de validez según las cuales los datos habrán de ser recibidos. Esto significa que una investigación respaldada en una práctica ya ejercida debe ser ante todo conceptualizable para poder dirigir esta práctica, en vez de ir tras ella.¹

Varias interpretaciones han señalado una tendencia a la “normalización” de los estudios sobre el primer peronismo. De acuerdo con esta idea, en los últimos años, la producción historiográfica marcharía a la cabeza de un proceso que prescinde de tomas de posición política y de lecturas excepcionalistas para la investigación sobre el período 1945-1955.

Esta ponencia propone una revisión de publicaciones recientes en torno a dicho período para reflexionar sobre las características de la mencionada “normalización”. ¿Se trata de un nuevo consenso historiográfico a nivel conceptual o metodológico? ¿de una estandarización de los mecanismos que ligan programas de doctorado, financiamiento y mercado editorial? Se discuten algunos efectos del mencionado proceso. Se trata sobre

¹ Georges Canguilhem, *Ideología y racionalidad en la historia de las ciencias de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu, 2005, p. 137.

cuáles aspectos del primer peronismo son ocultos o desplazados por la “domesticación” historiográfica.

Un modelo ejemplar

Pocos temas de la historia argentina del siglo XX han suscitado tantos *estados de la cuestión* como lo ha hecho el primer peronismo.² Un estado de la cuestión es, a pesar de lo que su nombre sugiere, una operación performativa: no constata meramente lo que hay. Por el contrario, establece visibilidades, proclama jerarquías, instituye horizontes de legitimidad. Una crítica de los estados de la cuestión (del mismo modo que la del sistema de notas al pie o para el de “agradecimientos”) sería muy útil para determinar cómo se organiza un campo “científico”. Sin duda, existen usos de experimentos del tipo *estado de la cuestión* que verifican la aceptación de algunas interpretaciones y que permiten redimensionar los márgenes conceptuales de investigaciones futuras. En ocasiones, un artículo o un libro puede ocupar ese lugar, instalando en el debate contemporáneo viejos y nuevos problemas en distinta clave de análisis. Es evidente, o al menos así nos parece, que en muchos momentos, uno o varios textos trazan su *hinterland* de influencia allende el campo delimitado por la red de citas. Puede decirse que “La democratización del bienestar” de Juan Carlos Torre y Elisa Pastoriza es uno de ellos.³ El texto es central en este período que podríamos denominar con otros que así lo hacen, de “normalización” de los estudios sobre el primer peronismo -aún si desconocemos los detalles de todas las implicancias involucradas en el empleo del término en nuestra situación intelectual-. En el caso de LDB, el texto ocupa una posición semejante a los estados de la cuestión arriba citados, no porque sus autores hayan sugerido que su escrito puede someterse a las exigencias de ese género, sino porque los enfoques con los que fue interpelado, y las veces en que fue citado como referencia, permiten reconocer que muchas y variadas investigaciones “descansan” sobre los supuestos explícitos –e implícitos- en dicho escrito. No proponemos aquí que dicha contribución se forja como un mojón en la historiografía sobre el primer peronismo debido a que produce un giro conceptual (de hecho todo lo contrario: el texto trabaja con distintas tradiciones que los autores ponen en relación y discuten), sino que en la organización de esa retícula LDB forma parte del aparato crítico-legitimador de muchos de los textos posteriormente editados, de tal modo que daría la impresión de que ha sido concebido como una cláusula de lectura, como un buen punto para anclar el sobreentendido, la referencia contextual de todo trabajo de investigación sobre el primer peronismo. En suma, que “aparece” allí donde *cfr., véase, consúltese* encabezan las notas que menos se monitorean.

² Emilio De Ipola, “Ruptura y continuidad. Claves parciales para un balance de las interpretaciones del peronismo”, en *Desarrollo Económico*, n° 115, octubre-noviembre de 1989; Mariano B. Plotkin, “The Changing Perceptions of Peronism. A Review Essay”, en James Brennan, ed., *Peronism and Argentine*, Washington, SR Books, 1998; Darío Macor y César Tcach, “Introducción” a Macor y Tcach, comps., *La invención del peronismo en el interior del país*, Santa Fe, Ediciones Universidad Nacional del Litoral, 2003.

³ Juan Carlos Torre y Elisa Pastoriza, “La democratización del bienestar”, en J. C. Torre, dir., *Los años peronistas (1943-1955)*, en *Nueva Historia Argentina*, vol. 8, Buenos Aires, Sudamericana, 2002; citado como LDB.

Veamos en dos palabras la imagen del primer peronismo propuesta en LDB, sobre la que retornaremos nuevamente más adelante. El texto de Torre y Pastoriza comienza indicando que los años treinta constituyeron una época de cambios. No fue sólo una "década infame". Así fue que se introdujo el control de cambios y diversas prácticas de regulación que redundaron en una ampliación del mercado interno. Distintos desarrollos de las tecnologías asociadas a los consumos -como el turismo carretera o la radiodifusión- fueron configurando un espacio nacional representable. La crisis y luego la Segunda Guerra Mundial crearon una "protección" que condujo a la creación de capitales de origen nacional. Paralelamente tuvo lugar un reordenamiento demográfico debido a la expulsión de población de las zonas agrícolas del interior del país, la ampliación del mercado de trabajo urbano y la falta de mano de obra inmigratoria. "Fue un éxodo en masa", aseguran. Pero a diferencia de la "integración" que ocurrió con la inmigración del cambio de siglos XIX-XX y edificó una "sociabilidad de nuevo tipo", la migración interna de los treinta coincidió con una crisis política y la aparición de un líder que buscaba apoyo popular para su proyecto político. En lugar de una reformulación de lo social, se produjo una "asimilación" o "incorporación" de lo nuevo a lo ya existente. Esto se explicaría porque la Argentina de 1943 sería un país más vertebrado que el de 1900. Para la primera década peronista "la reconstrucción histórica del período pone de manifiesto una mutación menos abrupta y, por el contrario, la existencia de fuertes elementos de continuidad". Los ideales de la clase media que habían prosperado en las décadas del veinte y treinta estaban consolidados en la del cuarenta y el peronismo no innovó en este sentido, dado que no habría propuesto una cultura alternativa. Su política de redistribución de los ingresos contribuyó a la persistencia de las aspiraciones al ascenso social. No obstante, la extensión de la "democratización del bienestar" desató resistencias de orden cultural, como la que opusieron los sectores establecidos a los "cabecitas negras". Pese al "desenlace conflictivo" del que hablan Torre y Pastoriza, el peronismo no consigue modificar la inclinación integradora de la década. Nos interesa subrayar de todos modos esta emergencia poco desarrollada de la conflictividad que carcome desde adentro, que penetra y coloniza el ideal histórico-filosófico (progresista) de la integración.

No estaría mal como parte de estas notas proseguir un recorrido por diversos textos pero usando como hilo conductor algunos conceptos vertidos sobre LDB. No se tratarán aquí aquellas referencias que se apoyan en el texto para establecer, como ya dijimos, un zócalo de legitimidad, una coordenada de estabilidad en el marco historiográfico en el que cada investigación se inscribe, sino las referencias que, además, remiten al texto para suturar de modo explícito líneas, versiones, tramas dispersas en la producción historiográfica sobre el primer peronismo.

Una de las primeras referencias que opera de ese modo es la nota de Lila Caimari en la revista *Ñ*.⁴ En ese artículo periodístico, la matriz con la que se revisa la historiografía sobre el peronismo remite al texto de Plotkin para escandir el terreno alrededor de la idea de patología.⁵ Caimari ubica a LDB junto a otros textos normalizados (el término se usa aquí

⁴ Lila Caimari, "Los consensos de la historia", en *Ñ*, 24 de diciembre de 2002.

⁵ El carácter patológico de algunas historiografías se fundaría en la distancia inversamente proporcional con su objeto. Esta fórmula de sentido común es difícil de sostener. ¿No se ha decretado -como argumento validatorio de la investigación misma- la muerte una y otra vez de aquello que se pretende estudiar? La

como opuesto a patológico): *Los tres peronismos* (Sidicaro), *La batalla de las ideas* (Sarlo), *Resistencia e integración* (James), entre otros.⁶ La breve indicación de la temática de LDB remarca el núcleo distribuidor del peronismo, distribuidor pero no disruptor. “¿Significa esto que el peronismo modificó el modelo dominante de sociedad? No. El Estado impulsor del cambio social no propuso un cambio cultural”. Es notable la importancia atribuida, para fundamentar la cita, a lo expuesto en LDB acerca del modelo de familia.⁷ Puede decirse que existen cada vez más inquietudes en torno a ese registro como test de radicalización política. Y aquí debe considerarse una larga serie de textos que deslizan la matriz analítica “cambio/continuidad” hacia la de “límites/posibilidades”: *signando* una herramienta historiográfica, aún cuando no sea ésta una opción que los autores pretenden atribuirse. Esto puede leerse aquí:

En el contexto del ascenso material y simbólico de los sectores populares, el proceso de dignificación involucró la democratización de la estirpe familiar, el respeto y la consideración social. Pero estos cambios no implicaron una ruptura con el modelo basado en el matrimonio feliz con dos hijos. Por el contrario, se ofreció a los sectores populares este horizonte de felicidad doméstico. En otras palabras, el peronismo amplió los derechos de las personas marginadas del orden familiar instituido mediante la aprobación de un nuevo marco normativo que, si bien mantuvo al matrimonio como eje articulador del orden doméstico, también sancionó el rechazo a las discriminaciones y a los estigmas de nacimiento.⁸

O bien en este otro texto:

El modelo social representado por Los Perales, que llevaba implícito un ideal comunitario, fue un experimento de igualación social, no por el éxito de una supuesta estrategia disciplinadora, implementada desde el poder, sino por la

distancia -respecto del duelo, de lo agonístico o de los imponderables- debe su primer argumento al carácter inmutable de lo analizado. Las lecturas ancladas en miradas antropológicas tienen mucho que objetar a ese razonamiento. El modo en el que el *extrañamiento* “lee” procesos históricos difiere radicalmente del argumento positivista que iguala documentos del pasado a procesos históricos y debe aislar el reino de la inscripción al de la emoción. Pueden hallarse muchas aristas para este debate en Carlo Ginzburg, “Extrañamiento. Prehistoria de un procedimiento literario” en *Ojazos de madera. Nueve reflexiones sobre la distancia*, Barcelona, Península, 2000, pp. 15-39.

⁶ Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina (1946-1976)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990; Beatriz Sarlo, *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel, 2001; Ricardo Sidicaro, *Los tres peronismos. Estado y poder económico, 1946-1955/1973-76/1989/99*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002.

⁷ Una cita temprana de LDB pero en otra clave, que repara en la asimetría entre las consecuencias económicas de las políticas distributivistas del primer peronismo y el modo de antagonismo político expresado en la época, puede leerse en el libro de Maristella Svampa, *Los que ganaron*. Asimismo, Elisa Pastoriza ha profundizado la clave que perseguimos en esta ponencia en “Sociabilidad política en Mar del Plata. Manifestaciones, discursos y enfrentamientos en torno a las elecciones del 24 de febrero de 1946” en *Prácticas de sociabilidad en un escenario argentino. Mar del Plata 1870-1970*, UNMdP, 2004, pp. 81-106.

⁸ Isabella Cosse, *Estigmas de nacimiento. Peronismo y orden familiar, 1946-1955*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 21.

potencia de un impulso de ascenso social, característico de la sociedad argentina, que es anterior al peronismo, pero que lo atraviesa y lo trasciende.⁹

Estas representaciones historiográficas no sólo implican inscribir al peronismo en la modernidad, analizar el fenómeno despojando al análisis de sus aristas más ríspidas en términos ideológicos, sino también persistir en la comparación entre lo que el peronismo hizo (límites) y lo que pudo formular y no formuló (posibilidades). Estos enunciados que se proyectan sobre la definición del peronismo como reformismo no son, sin embargo, multiplicados en esa discusión. Ciertamente postular el carácter reformista del peronismo es alejar al peronismo de una premisa que las autoras no sustentan (la radicalidad política) pero también acercarlo a un modelo que sí sostienen (la “democratización” en la historia argentina). Ese argumento, el del reformismo -que viene a tratar de enmendar un viejo debate en torno a la relación peronismo y trabajadores-, debe poder decir su nombre y ser repensado a partir de una definición de lo político que discuta las tensiones que se ponen en juego en proyectos de distinta índole, pero también los conceptos con lo que analizan tales tensiones: “igualación social”, “carácter plebeyo”, “sociedad móvil”¹⁰. Recientemente, Anahí Ballent a partir de su lectura de un texto de Beatriz Sarlo, ha intentado corresponder una investigación titánica e incisiva con una interpretación general sobre el peronismo *in toto*:

La contraposición entre rusticidad y modernidad se emparenta con la tensión entre una pulsión hacia la transformación entendida como creación radical de lo nuevo, y otra que entiende lo nuevo como resignificación y redistribución de lo existente. Otra contraposición que hemos encontrado en el análisis y que puede alinearse con ellas es la del éxito de las políticas del peronismo para desencadenar procesos sociales sobre la ciudad, y las dificultades para controlar el desarrollo de esos procesos. Las conclusiones indican que, en las contraposiciones indicadas, la hipótesis redistributiva termina triunfando sobre la transformadora; sin embargo, siguiendo la sugerencia de Sarlo, podemos pensar que lo más importante es la tensión, que en ese carácter dual y en esa tensión encontramos una clave de las formas de operar del peronismo.¹¹

La cita es reveladora por su “doble mirada” sobre el peronismo: una que tiende a acercarse por afinidad a una definición del mismo en clave patológica (esto es, en clave del debate político contemporáneo), tal como lo intentó Sarlo en el texto en cuestión (a partir de ella se dirá que las *continuidades* son más notorias que las *rupturas*), y otra que rehúye ese debate

⁹ Rosa Aboy, *Viviendas para el pueblo. Espacio urbano y sociabilidad en el barrio Los Perales (1946-1955)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005, pp. 170-171.

¹⁰ Esto no significa que deba considerarse al peronismo como una estación más de una conciencia rambomante de alguna clase social. El sentido de lo político y de lo democrático tal como lo postula Jacques Rancière, atravesado por una razón contingente puede guiar nuestra intervención en un debate de esa naturaleza.

¹¹ Anahí Ballent, *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*, UNQ, 2005, p. 272. El texto de Beatriz Sarlo, “Doble óptica. Un intento (más) de observar el peronismo” en *Punto de Vista*, n° 80, 2004, pp. 4-5.

y reconsidera el uso que Sarlo hace del cuadro de Holbein pero vaciado de la toma de posición reverberante (y a partir de allí, Ballent subraya la tensión como si se tratara de un algoritmo para tratar lo contingente).

Sin embargo, tanto Ballent como Cosse y Aboy han logrado ampliar los conocimientos historiográficos que nos permiten poner en debate esas mismas conceptualizaciones, acaso más tradicionales. Cosse, por ejemplo, a la hora de examinar las múltiples valencias que pesan sobre políticas hacia los hijos ilegítimos y las implicancias que conllevan respecto a los imaginarios sobre la familia y el matrimonio, nos revela cuán atravesados están esos debates de posicionamientos personales y escaramuzas políticas. Y ese es un aspecto que muchas investigaciones advierten y que sin embargo persisten en suponerlos sólo “tabiques” a una necesaria racionalidad estatal o parlamentaria -que los peronistas no habrían logrado satisfactoriamente aprehender-. Podemos discutir si esas conductas políticas son “verdaderos” cuestionamientos al orden liberal, pero no podemos perpetuar el concepto que indica que actividad política y actividad legislativa se escinden en algún punto de la representación; así no veremos sino decisiones del momento, alteraciones circunstanciales, “desorden”, *emergencia*, etc.

Asimismo Aboy, cuando vuelve sobre la “leyenda negra”, nos presenta una lectura de los mitos surgidos de la tensión peronismo/antiperonismo (hacer asados con el parquet) menos funcionalista que su cierre del apartado de su libro (p. 136), en el que los clivajes sociales son resignificados en la compulsión político-cultural de las *performances*. Evidentemente, el tratamiento de los mitos políticos (y la propaganda política, cabría agregar) como distorsiones, como falsedades que pueden ser explicadas, debe ser reconsiderado.

¿La democratización de los negros de mierda?

Volvamos a LDB. No se encontrará allí elementos que puedan indicar su carácter rupturista, como ya indicamos; pero sí un modo de leer las contribuciones pasadas, las líneas historiográficas previas y desmontar sus pretensiones más preceptivas: el viejo Gino Germani advertido por Tulio Halperín, en el debate “final” sobre los migrantes internos; los desarrollos sobre las políticas económicas y la distancia de criterios que ligan lealtades políticas a los incentivos económicos; los estudios de género y familia; una lectura de la “argentina móvil” que instala el conflicto en el espacio de lo político y la cultura, relativizando las demonizaciones que desde uno y otro lado de la clave peronismo/antiperonismo fueron construyendo versiones del peronismo como exceso. En eso coinciden las referencias. Sin embargo, como indicamos, el texto no “cierra” los fundamentos ominosos del “hecho peronista” y subraya los que, sin duda, son integradores: a la consideración de que los primeros gobiernos peronistas, en su afán redistributivo, beneficiaron a quienes estaban en mejores condiciones de aprovechar los beneficios estatales (créditos, aumentos salariales, beneficios jubilatorios, etc.), tanto si formaban parte de las clases populares cuanto de las clases medias, le sigue la hipótesis que pone el conflicto político en el plano cultural. Los sectores de la clase media que no apoyaron a Perón durante aquellos años definieron su posición política a partir del impacto de la escena del ingreso de los *cabecitas* a la escena urbana y a las arenas políticas (el texto en este punto remite a Florencio Escardó). Sin duda sostenida por una batería *estadística*, esta idea

sugería una lectura *paranoide* del fenómeno peronista¹² y no una que afincara en la clave continuidad la creencia de que la fisura que se produce a mediados del siglo XX de la historia argentina deja de ser tal y puede ser sometida a procedimientos como la comparación. Esa línea de investigación que LDB subraya -aún si la red de referencias se inclina por ubicar el texto fuera de ese marco-, se acerca más, es cierto que autorreprimiéndose en seguida, a las tradiciones que Plotkin considerara “patológicas” que a los trazos de las nuevas investigaciones en las que las políticas de estado y los conflictos sociales pueden ser leídos a partir de una fotografía de clase media, como signo de que el peronismo no rompió con la idea de familia tradicional, pero no leerse el sueño del pobre desde *el niño asado* de Langer o desde los negros de mierda de *Boquitas pintadas*.

En todos los estudios citados dentro de la línea LDB no se percibe lo que los sectores integrados por esas reformas edilicias o jurídicas perdían con su "reconocimiento" (no se crea que aquí sostenemos una idea de un pueblo virginal y sometido a las formas del control estatal u oligárquico, porque esa imagería suele ser -como la marxista de la clase obrera intrínsecamente revolucionaria- una inútil ilusión intelectual). Esa ceguera se debe a que se adopta como normal el proceso de integración. También en este sentido, coherente con la desublimación, se dejan de lado las derivaciones totalitarias del peronismo. Ya no se trata de discutir el totalitarismo o la acusación de fascismo de la oposición recalcitrante, sino de "comprender" lo bueno y lo malo del peronismo en una narrativa alejada de los extremos. Por ejemplo, no se ha elaborado el modo en que la normalización familiarista implicada por el uso populista de la "justicia social" producía también la identificación de un otro inasimilable a la escena nacional y por lo tanto reprimible. Ese fue el caso de los "amorales" (término periodístico y policial -no importa si de adhesión peronista o antiperonista- para designar a los homosexuales, muchachos jóvenes en búsqueda de cuerpos para acosar, cafiolos y demás *otros* detestados) de la fase final del primer peronismo.

La normalización interminable y la desublimación de la historiografía

Teach y Macor abren su introducción a uno de los libros más reconocidos del período que revisamos aquí, precisamente, con la idea de *descotidianizar* la fórmula con la que la política peronista se vindicaba única (“La política argentina presume de inclasificable”). Hacer familiar lo exótico, esa empresa antropológica, bien puede ser la consigna de la hora

¹² Entrevistado, dice Ricardo Piglia con respecto a las poéticas del otro popular, y particularmente sobre "La fiesta del monstruo" de Borges: "En ese asunto lo que siempre aparece es la paranoia o la parodia. La paranoia frente a la presencia amenazante del otro que viene a destruir el orden. Y la parodia de la diferencia, la torpeza lingüística del tipo que no maneja los códigos. "La fiesta del monstruo" combina la paranoia con la parodia. Porque es un relato totalmente persecutorio sobre el aluvión zoológico y el avance de los grasas que al final matan a un intelectual judío. El unitario de "El Matadero", digamos, se convierte en un intelectual judío, una especie de Woody Allen rodeado por la mersa asesina. Y a la vez el relato es una joda siniestra, un pastiche barroco y muy sofisticado sobre la diferencia lingüística y los restos orales. La parodia paranoica, se podría decir. Aunque siempre hay algo paranoico en la parodia". R. Piglia, "Sobre Borges. Entrevista de Horacio González y Víctor Pesce", en *Crítica y Ficción*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1990, p. 146.

actual. El peronismo es un populismo, que, tal como lo ha intentado Alvarez Junco¹³, puede ser leído en clave comparada; el peronismo es un partido de masas que, tal como lo ha intentado Steven Levitsky, puede ser leído como un *caso* en la investigación sobre partidos y sistemas de partidos.¹⁴ Lejos de negar esas afirmaciones, podemos acordar con ellas y sin embargo insistir en que aún queda por debatir el lugar del *ruido*, el lugar de lo patológico –que nunca estuvo en el objeto de la indagación sino en los modos en los que el investigador o la investigadora interpretaban el fenómeno-. Esos modos no descansan de la política fácilmente.

Las tesis sobre normalización, apunten o no a los estudios sobre peronismo, insisten en conjurar el *ruido*. Curiosamente el término “normalización” implica otros procedimientos que no han sido subrayados por quienes hacen referencia a dicho proceso en los estudios sobre el primer peronismo. Luis Alberto Romero ha mencionado a la normalización en algunos escritos, por ejemplo en una reseña para *La Nación*:

La historia sobre el primer peronismo está entrando en una etapa de normalización. Tanto sus defensores como sus detractores lo han considerado un hecho compacto y excepcional, que definió el destino del país, y ante el cual era necesario tomar posición. Pero desde hace un tiempo la valoración global retrocede ante la necesidad de comprender una realidad compleja. Empieza a distinguirse en el peronismo un conjunto de historias, diversas y confluyentes, cada una con una especificidad que requiere alguna sapiencia especial.¹⁵

El paso que va de lo simple a lo complejo es también el que va del “mito a la razón”. Los argumentos de Mariano Plotkin en una versión previa del estado de la cuestión ya citado son apenas distintos:

Anacronismo, apócrifo, impostura, mentira; el peronismo era visto por ciertos sectores como una patología, algo en cierta medida fuera de la realidad, y por lo tanto como una ruptura total en la historia del país.¹⁶

La idea del “fuera de la realidad” adelanta, así, la justificación regia de la mirada historiadora a caballo de la lente “cambio/continuidad”.

El término normalización desde otras perspectivas, como decíamos, implica “usos comunes y repetidos”,¹⁷ y se concibe como modo de eliminar las inconsistencias de un sistema dado. En términos de Edgar Codd, la normalización es, precisamente, una simple eliminación¹⁸.

¹³ José Álvarez Junco, “El populismo como problema” en J. Álvarez Junco y Ricardo González Leandri, comps., *El populismo en España y América*, Madrid, 1994, pp. 11-38.

¹⁴ Steven Levitsky, *Las transformaciones del Justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2005.

¹⁵ Luis Alberto Romero, “Relectura de una época”, en *La Nación*, 30/04/2005.

¹⁶ Mariano Plotkin, “Perón y el peronismo: un ensayo bibliográfico” en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, volumen 2, n° 1, 1991.

¹⁷ <http://www.iram.com.ar/Normalizacion/normalizacion.htm> [último acceso: 10/06/2007]

¹⁸ Edgar F. Codd, “A Relational Model of Data for Large Shared Data Banks”, en *Communications of the ACM*, vol. 13, n° 6, 1970, pp. 377-387.

Y quizás puede comenzar a explicar el desplazamiento que nos lleva de la estación “cambio/continuidad” a la “límites/posibilidades” a partir de los “usos comunes y repetidos” que hacemos de ciertos conceptos, todos ellos de raíz liberal, para estudiar el peronismo.

La eliminación de la argumentación que torna deleznable los restos del pasado para repensar el presente, mal llamada “politizada”, ha sido uno de los movimientos más importantes en esta normalización de los estudios sobre el primer peronismo. ¿Cómo es que se ha pasado de un control necesario para la reflexión historiográfica a una exorcización de la crítica conceptual, de las operaciones de control sobre las herramientas mismas?

Es evidente que lo que acontece con los modos de observar y construir al peronismo implica una muy específica inscripción en la institución historiadora universitaria. He aquí un corredor concreto en el que situar la suerte contemporánea de las estrategias de producción simbólica del peronismo, que es singular pero también es partícipe de una tendencia más amplia de refiguración de la historia. En realidad, la patologización del peronismo era menos rara que lo descrito por Plotkin. Es que la patología del peronismo expresaba en una multiplicidad de autorías, la patología propia del desarrollo argentino. Antes de 1983 primaba la deformación de la historia nacional, fuera por las rémoras de la barbarie, por la opresión imperialista o por la carencia de una burguesía industrial conciente de su tarea histórica de lograr la "segunda independencia". Por lo tanto, si el peronismo concentraba ese aliento patológico que atravesaba a la historiografía múltiple que era la propia de la Argentina en tiempos de crisis y dictaduras, eso no se debía tanto a la peculiaridad enigmática del peronismo como latencia autónoma de significaciones irreductibles a lo simbólico (hoy se diría, como un "real" lacaniano), sino porque anudaba en el "problema" del populismo la activación de un sector social, los grasas y las putas, los obreros y las empleadas domésticas¹⁹, que poco tenían que ver con la ideología progresista y racista de la Argentina desprendida de Latinoamérica y destinada a ser una réplica de las sedicentes democracias occidentales. Para acceder a ese registro de lo histórico la historiografía post-1983 tuvo que standarizarse subjetivamente, perder la rispidez y la intolerancia de la primacía de la política de años anteriores al escarmiento que comenzó la Triple A y multiplicó la dictadura militar. Una manera de observar la desubjetización de la que el peronismo es sin duda el tema *princeps* (antes lo había sido Rosas, con sus mazorqueros, negros, y otras alimañas) consiste en discutir la desublimación.

En un incisivo ensayo de 1982, Hayden White propuso distinguir entre las prácticas de interpretación política de la historia y las políticas de la interpretación. La diferencia es relevante porque si en las primeras hay una distancia entre perspectivas políticas específicas (por ejemplo, entre una interpretación liberal y otra marxista) esta no necesariamente tiene un correlato en la política de interpretación. Así es posible que una práctica historiográfica que se quieren liberal y marxista, no obstante, compartan una misma base epistémica. Y lo que en esas dos perspectivas en apariencia antagónicas existe de solidario es la subordinación del saber histórico a una distancia entre el conocimiento y la realidad que dicen reconstruir históricamente. Sea desde una aspiración a la "contingencia de la historia"

¹⁹ Un texto que puede servirnos como guía de las producciones no historiográficas de sentidos sobre esos imaginarios seres en el ectoplasma peronista es el de Susana Rosano, *Rostros y máscaras de Eva Perón. Imaginario populista y representación*, Rosario, 2006.

o las "leyes de movimiento de la sociedad", ambas reducen el pasado a un ente domesticado. Esa actitud epistémica sería inconciliable con lo pasado como algo *sublime* que inquieta y conmueve. Se trata de un proceso de desapasionamiento, correlativo a la narrativa "realista" que se impuso como matriz lingüística de la "ciencia histórica" durante el siglo XIX, que aun perdura como molde de nuestras representaciones históricas académicas. El señalamiento crítico de White reside en que ese realismo historiográfico se ha mostrado poco apto para encarar la interpretación de acontecimientos "sublimes" (en el sentido de catástrofes que nos interrogan sobre el sentido y perspectivas de la existencia) tales como el genocidio nazi. Esa consecuencia debería conducir a pensar críticamente el "disciplinamiento" científico de la historiografía tal como se concretó en los dos últimos siglos bajo el tenor de la narrativa realista.²⁰ Desde una perspectiva de más breve duración de la historiografía argentina, la domesticación del peronismo inicial dentro del molde de una evolución integradora tuvo y tiene aun la función de establecer las condiciones narrativas de la consolidación del campo historiográfico dentro de las "ciencias".

La tarea desublimadora es el aspecto subjetivo de la normalización progresista que consiste en subsumir las escisiones dentro de un panorama más comprensivo y progresivista. Esa neutralización fue a la vez la condición de una integración a la historia nacional. Garantizó, por otra parte, la posibilidad de un abordaje científico al establecer el enfriamiento y normalización del peronismo. Es precisamente esa normalización del objeto peronista (despojada de su condición de "hecho maldito del país burgués", según palabras de John William Cooke, o representado a través de "La fiesta del monstruo" por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares o, también, como el *Bestiario* que narra Julio Cortázar) el que lo transfigura en su contrario, es decir, en el momento capital de la integración del país burgués.²¹ Es así que el peronismo no solamente habría completado la ciudadanía política al habilitar a las mujeres al voto, sino que habría reconocido y reparado socialmente a las clases subalternas y a las zonas relegadas del interior del país. No obstante, esta es la mitad de cualquier argumentación, porque queda irresuelta la problemática emergente sobre qué subjetividad opera en reemplazo de la conjurada.

Perspectivas

Pensamos que la crisis de 2001-2002 modificó el ambiente cultural donde se incubó la referida torsión ideológica e historiográfica. La debacle del gobierno de la Alianza conmovió buena parte de las creencias políticas del progresismo intelectual. No sólo por la incapacidad de la Alianza para desviarse de la herencia menemista, sino sobre todo por la

²⁰ Hayden White, "La política de la interpretación histórica: disciplina y desublimación", en *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Buenos Aires, Paidós, 1992. Es preciso señalar que la crítica de White al marxismo es adecuada en un sector mayoritario de sus perspectivas historiográficas, aunque debe decirse también que existe en él una línea interpretativa que tensiona el realismo representacional en un afán sublime (por ejemplo en la veta "romántica" de Edward P. Thompson) o que directamente propone superarlo, tal como sucede en la obra inconclusa de Walter Benjamin.

²¹ Luis Alejandro Rossi, "Borges, Bioy Casares y el peronismo" en *Estudios Sociales*, núm. 14, Universidad Nacional del Litoral, primer semestre de 1998.

fragilidad de la normalidad societal que se creía lograda tras el fin de la dictadura militar. La cultura política liberal-democrática se deshizo en el aire, del mismo modo que aconteció con la convertibilidad. El temor a una salida cesarista-militar, amagada por la derecha, suscitó temores entre la intelectualidad progresista, que agradeció la capacidad reordenadora demostrada por la gestión de Eduardo Duhalde en 2002-2003.

La crisis reveló las dificultades para construir una perspectiva diferente de país. Las izquierdas, que creyeron llegado su momento, fracasaron en todas sus variantes, incluidas las nuevas promesas "autonomistas". Pero la expansión democrática de esos años, en formas tentativas y desordenadas, suscitó una recepción hostil entre la intelectualidad que se había dicho durante tantos años partidaria de la democracia. Entre los intelectuales peronistas las actitudes fueron más abiertas. Luego de la recomposición económica lavagno-kirchnerista, todos los últimos, y la mitad de los primeros, se alinearon con el nuevo esquema progresista del kirchnerismo.

Los efectos del 2001, sin embargo, no fueron eliminados. Existe una inestabilidad fundamental en la situación nacional. La Argentina como país normal ya no es creíble. Pensamos que en este clima cultural no puede sostenerse la domesticación del peronismo que operó en la historia universitaria en los últimos quince años. No para retornar a una visión dionisiaca, sino para comprender el aspecto inasimilable del lazo entre pueblo y democracia que el peronismo suscitó entre las clases populares. Allí anida un problema conceptual que excede largamente las matrices liberales con que se pretendió definir la democracia, en sede historiográfica, desde 1984. Hoy son formulables preguntas que veinte años atrás fueron olvidadas. ¿La democracia liberal es la democracia por antonomasia? ¿Es sostenible o deseable una convivencia democrática con grandes desigualdades sociales? ¿El ciudadano es el "sujeto" de la sociedad democrática? ¿La democracia liberal combinada con el capitalismo moderado, la fórmula de "normalidad" implícita en la historiografía progresista, es el punto de llegada de los procesos históricos del siglo XX argentino?

No planteamos que sólo el peronismo pone en entredicho las creencias de la normalización historiográfica. Hay de todos modos en la cuestión del populismo un núcleo irreductible a cualquier domesticación. Es que con el populismo sucede algo similar a lo que Jacques Rancière plantea sobre la democracia para la filosofía política: existe una voluntad imposible de inscripción en un esquema simple y funcional, donde las partes se acomodan entre sí dando lugar a la convivencia política perfecta. Pero la democracia es el gobierno del pueblo, y el pueblo es la parte que es el todo. Y cuando esa deriva ocurre, y tiene efectos igualitaristas, se desata una conflictividad inherente a toda sociedad democrática.²²

Con el populismo peronista acontece una constitución de identificaciones populares que lo quieren todo. No sólo el amor de y por Perón y Evita, sino también el consumo, ganar todas las elecciones (Perón tiene que ser eterno), mantener a raya a la oligarquía, castigar a los "amorales" o los comunistas, mantener las comisiones internas de fábrica. El propio gobierno peronista sufrió la incontinencia del populismo. Por ejemplo, cuando los peronistas en los barrios se ofrecían para controlar a los *contreras* desde las unidades básicas conectadas con la policía; o cuando José Vuletich se negaba a adecuarse a las exigencias del Congreso de la Productividad porque sabía bien que no podía avanzar contra las *conquistas* adquiridas por la clase obrera. ¿Eran éstos aspectos indeseables, bizarros, de

²² Jacques Rancière, *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.

la Argentina peronista, o expresaban su verdad política más honda? Si eran esenciales, ¿pueden ser quirúrgicamente escindidos de los aspectos ciudadanizantes del peronismo (el voto femenino, el reconocimiento nacional de la clase obrera, el acceso a la salud pública y la expansión de la educación primaria y secundaria, etc.)? ¿O es que la ciudadanía y lo democrático eran justamente esos “excesos” plebeyos? Las preguntas no buscan clausurar ningún conflicto sino hacer de una definición de Rancière (un tanto “acústica” ciertamente) un buen lugar de reflexión conceptual:

La desmesura democrática no tiene nada que ver con ninguna locura consumista. Es simplemente la pérdida de la medida según la cual la naturaleza daba su ley al artificio comunitario, a través de las relaciones de autoridad que estructuran el cuerpo social.²³

En ese sentido y respecto de la "normalización" de los estudios sobre peronismo la idea abre para nosotros dos líneas que ya sugerimos en una *introducción* que firmamos juntos²⁴. El *resto*, aquello que no es considerado bajo esa dinámica normalizada; y la *elipsis*, aquello que no puede leerse desde el *set* conceptual.

Y esos conjuntos giran en torno al concepto de democracia. Uno de los lineamientos triunfantes en la lectura de LDB recupera esa lectura estadual de la democracia argentina. El peronismo es el segundo estadio. Lo que la normalización no puede leer pero “duerme” en LDB es la legitimidad de la ilegitimidad, al decir de Rancière, lo siniestro de *las patas en la fuente*. Quizás en este punto resto y elipsis se toquen y puedan sugerir una lista de lecturas que grillan ese espacio en ciernes (y ese espacio estará hegemonizado, tal vez, por el modo kraniauskas de interpretar los sentidos peronistas de la literatura y literarios del peronismo²⁵).

La *cultura política peronista*, una mirada de larga duración pondría al primer peronismo nuevamente en clave patológica (¿no es esa la clave con la que Halperin especula en *La larga agonía de la Argentina peronista*?) Mientras algunos ya se preguntan sobre el concepto de violencia para escapar de los límites estrechos de la negociación liberal, aún hay poca elaboración de una mirada que se oponga a la imagen de una argentina en ascenso, integrada, que proponen muchos de esos textos que se citan al comienzo de nuestras investigaciones.

Pero es necesario entender que una interpretación diferente del peronismo carece hoy de una matriz teórica que pueda elaborar su concepto²⁶.

²³ Jacques Rancière, *El odio a la democracia*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, pp. 63.

²⁴ Omar Acha y Nicolás Quiroga, “Introducción” al dossier *La trayectoria de la cultura política del peronismo 1943-2003*, Revista *Prohistoria*, n° 9, 2006.

²⁵ Ver, por ejemplo, John Kraniauskas, “Eva-Peronismo, literatura, estado” en *Revista de Crítica Cultural*, n° 24, 2002, pp. 46–51. Las dificultades de ligar centros de producción puede leerse en las consideraciones de Daniel James a Jon Beasley-Murray —el historiográfico con el de los *cultural studies*, en ese caso—: “History: To the End of the Line?”, en *Journal of Latin American Cultural Studies*, volumen 11, n° 3, 2002, pp. 279-293.

²⁶ Un conjunto de problemas que excede a nuestro tema pero que resulta fundamental para discutir algunas cuestiones que presentamos aquí puede rastrearse en torno a los “lenguajes políticos”. Elías Palti, *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

Una condición que es preciso situar es el de la ausencia de una indagación no académica sobre el peronismo. Ésta primacía de la relación entre investigación y universidad es parte de un proceso más amplio de academización del discurso histórico. No existen trabajos interpretativos surgidos desde la militancia política o ideológica. Se podría decir que hay una demanda, tal como lo muestra la reedición del ensayo de Alejandro Horowicz, *Los cuatro peronismos*. Desde el propio peronismo no aparecieron estudios sólidos, e incluso quienes mantienen una búsqueda de orden historiográfico, como Horacio González, han dejado al período peronista como un aspecto marginal de la historia argentina que realmente escriben.²⁷ Aunque su esfuerzo ha sido entrevisto como uno formidable en un excelente ensayo de uno años atrás²⁸. Desde la esquina de la historia nacional y popular de Norberto Galasso nada se interés se ha propuesto; la izquierda marxista revolucionaria comienza a producir algo de valor después de haber sido diezmada durante los años setenta.

Si el paradigma historiográfico y académico actual responde a los rasgos señalados, ¿cómo pensar una alternativa que recupere lo inquietante de la historia? ¿Es posible articular una alternativa al relato progresista?

Incluso si hacemos esfuerzos por “dominar” técnicas y procedimientos legitimados en el campo historiográfico, podemos borrar algunos puntos en un posible programa de esa naturaleza:

Una posibilidad consiste en el cuestionamiento del esquema evolutivo y normativo que sostiene la imaginación y práctica historiográfica actual. Esto no puede hacerse meramente desde una reflexión sobre un período singular del acontecer como es la década del primer peronismo. Parece imposible hacerlo fuera de una refiguración de la historia argentina o latinoamericana en el largo plazo.

La segunda posibilidad es evitar el encapsulamiento del peronismo a su momento “clásico”, que concluiría en setiembre de 1955. En efecto, la separación del peronismo de los procesos históricos de las décadas posteriores, generalmente entendidos como terribles y desorbitados (es decir, anormales para el progresismo historiográfico), es una condición lógicamente imprescindible para la comprensión de la experiencia populista argentina. Los setenta amenazan con “contaminar” a los felices años cuarenta. Sin paradoja, así se atribuye a la Revolución Libertadora el inicio del ciclo de la violencia que concluiría en el terrorismo de Estado de los años setenta, logrando un consenso con las representaciones propuestas por el propio peronismo -de izquierda, centro o derecha- desde los años sesenta. Y si ese peronismo marcaba el corte violento producido por los militares ya desde los bombardeos del 16 de junio de 1955 eso se debía a que también la militancia peronista buscaba construir una historia argentina nacionalista-liberadora que el peronismo venía a

²⁷ Horacio González, *Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Colihue, 1999; idem, *Retórica y locura. Para una teoría de la cultura argentina*, Buenos Aires, Colihue, 2002.

²⁸ Nicolás Rosa, “Veinte años después o la «novela familiar» de la crítica literaria” en Rosa, Nicolás, comp., *Políticas de la crítica. Historia de la crítica literaria en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1999.

consumar. Quienes habían derribado a Perón fueron los que introdujeron la violencia en un período precedente que había sido de dicha y comunidad.

Esto no significa eliminar la ruptura que significó el 55, ni tampoco las ocurridas en el 62, el 66, el 69 o el 73, ni tampoco desligar a las clases dominantes y a las Fuerzas Armadas en su responsabilidad histórica de los males de la historia argentina. Menos aun implica diluir esa responsabilidad señalando un "peronismo clásico" (una designación mítica, operante como maquinaria significativa y no como mera ilusión) igualmente pleno de enfrentamientos y encrucijadas. Se trata más bien de comprender su lugar formativo de los grandes dilemas que ordenaron a la permanente crisis de la sociedad argentina después de 1916.

La designación del período de la historia argentina con hegemonía peronista de 1945-1955 requiere una denominación que no la clausure como una etapa autosuficiente tal como "el peronismo del 45" o "el peronismo clásico". No sólo porque simplifican una década sumamente compleja, sino porque la totalizan cortando amarras con procesos que se comprenden históricamente en la mediana duración. Naturalmente, la modulación variará de acuerdo a la cuestión analizada. Respecto a las políticas estatales la caída de Perón en 1955 marca una ruptura radical; en el plano de las ideologías parece ocurrir lo mismo, pero eso es tan evidente en lo relativo a las identificaciones político-culturales y a los enfrentamientos sociales de mayor profundidad.²⁹

Una tercera posibilidad implica una cada vez más creciente expansión del campo de interlocución: la historiografía, aunque dice ser receptiva de investigaciones realizadas en otros campos, sutilmente desplaza a estas últimas al reconocido desván de la *auxiliaridad*. Ese territorio de interlocución no sólo debe considerar las producciones académicas y no académicas, sino discutir con ellas. Lo más notable del proceso de normalización es que, atado a políticas tácitas de pedagogías *doctorantes* y a políticas editoriales, ha incluido en la preceptiva sobre formas de hacer la historia la imposibilidad de cincelar los géneros con los que trabajamos: de ese modo asistimos, por ejemplo, a la idea naturalizada de que una ponencia es un "ensayo" de artículo, no porque allí se someta a discusión lo inestable de nuestros razonamientos, sino porque "le falta archivo", o no hemos tenido tiempo de "ajustarla". Hemos aceptado rápida o lenta, parcial o totalmente, que las tensiones ideológicas son formas de seleccionar tribus, y no formas de intelección y debate.

²⁹ No obstante han aparecido algunos estudios sobre los varios peronismos, que aquí nos es imposible discutir: Alejandro Horowicz, *Los cuatro peronismos*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985; Silvia Sigal y Eliseo Verón, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Legasa, 1986; Pierre Ostiguy, "Peronismo y antiperonismo: bases socioculturales de la identidad peronista en la Argentina", en *Revista de Ciencias Sociales*, n° 6, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1997; D. James, *Resistencia e integración*, ob. cit.; R. Sidicaro, ob. cit.